

lectual sino mercantil y que, por tanto, no se siente satisfecha con una rentabilidad modesta sino que ambiciona obtener márgenes que oscilan en torno al 15%, esa «zona mortal» en la que, según el editor Klaus Wagenbach, ninguna edición de valor sobrevive al filo de la guillotina.

Conviene no ser timorato. Schiffrin lanza un aviso para navegantes. No está dando cuenta, simplemente, de una evolución acaecida en Estados Unidos. Está exponiendo un modelo de funcionamiento que se extiende en el marco de la globalización de la economía. En sentido análogo a aquella fábula de Esopo recogida por Bertolt Brecht, nos advierte contra la credulidad o la cobardía de confiar en la distancia geográfica o en la tradición cultural para considerarse a resguardo de los males que nos amenazan. Es más, me permito añadir, ¿no es España una presa fácil puesto que se revela tan a menudo tan papanatas e insegura de sí misma a la hora de cultivar su tradición cultural?

Rafael García Alonso

Kosher o Hot Dogs *

En *Sombras sobre el Hudson*, Isaac Bashevis Singer (Polonia 1904-Estados Unidos 1991) nos introduce de manera inteligente y sobria en las incertidumbres del judío moderno –y de lo que puede significar ser judío después de Auschwitz– centrándose en dos generaciones: la de los que encontraron refugio en Estados Unidos huyendo del Holocausto, y la de los hijos de estos nacidos en la cultura norteamericana. Autor prolífico, premio Nobel de literatura en 1978, judío de origen polaco y nacionalidad norteamericana, Singer centra sus inquietudes en el mundo judío, pero hace de éste una expresión universal. Prologada por Bernardo Atxaga, *Sombras sobre el Hudson* narra las crisis espirituales de este siglo, la aventura del hombre moderno y el sin sentido de su vida. Pero por encima de todo, es una búsqueda de la representación del judío en una sociedad moderna. Escrita en *yiddish* y publicada por

* *Sombras sobre el Hudson*, Isaac Bashevis Singer, traducción: Rhodas Henelde, *Tiempos Modernos*, 2000.

entregas en un periódico a finales de los años 50, y sólo póstumamente aparecido, en forma de libro en 1997, *Sombras sobre el Hudson* es una novela coral donde todos y cada uno de sus personajes tienen el mismo peso y cuyas historias diversas confluyen en un mismo lugar: la adaptación del judío emigrante en Norteamérica. Sus personajes, magníficamente trabajados, expresan a través de sus reflexiones la posibilidad de conciliar un pasado inmediato y un presente incierto, una estructura social y religiosa frente a un espacio social distinto. Es decir, el reto de conservar los principios de la Torá o asimilarse. Grein, el profesor Shrage, Boris Makaver, Solomon Margolin, Ester, Anna, entre otros personajes, conversan largamente de política, filosofía, del amor entre hombres y mujeres, de la muerte, del sufrimiento, y de Dios. Y es el conjunto de estas conversaciones lo que da cuerpo y sentido a la novela.

Singer se revela como un gran conocedor del alma humana. Sus personajes se enfrentan sin miedos a sus propios temores, dudas e incertidumbres. Si Freud estudia el malestar en la cultura, Singer describe lo que produce ese malestar: la libertad, paradójico espectáculo, arma de doble filo, para el logro de la felicidad.

Todo transcurre en Norteamérica y particularmente en Nueva York. En una de sus reflexiones Grein

dice: «No resultaba fácil madrugar a diario para desplazarse a la sinagoga: exigía esfuerzo y disciplina, implicaba un gasto. Nueva York no era ningún *shtetl* de Polonia, donde todos vivían a dos pasos del oratorio, al otro lado de un sendero polvoriento. En Norteamérica la influencia gentil lo impregnaba todo; los procedimientos y las tentaciones eran innumerables. Ahí había que mostrar, sobre todo, firmeza de carácter». Otro de los personajes, el profesor Shrage se pregunta. «¿Cómo van a subsistir los espíritus en medio de semejante bacanal?».

Frente a este abandono de las prácticas judías, Boris Makaver se cuestiona: «¿Qué clase de judíos son los niños norteamericanos? Desconocen por completo el significado de ser judío... Allí los niños crecían sin ningún patrimonio cultural. Sus personajes espirituales eran los personajes de Hollywood, los de las novelas basura, los de la prensa amarilla. Crecerán como gentiles hebreos». Observar el comportamiento de las nuevas generaciones y su abandono del judaísmo obliga, inevitablemente, a abrir interrogantes acerca de la propia fe. Esto trae consigo otro conflicto: si los padres no logran entender a un Dios que permite el sufrimiento y la aniquilación de los judíos por parte de los nazis, tampoco entenderán la aniquilación que sobre los judíos y no judíos lleva a cabo Stalin. ¿Por qué

callaban los judíos? ¿Por qué olvidaban? Boris Makaver se pregunta: «Si nosotros olvidamos nuestra propia pérdida, ¿cómo vamos a pedir a otros que la recuerden?».

A medida que vamos recorriendo las páginas de *Sombras sobre el Hudson* parecen escucharse las voces de todos aquellos que se han preguntado el por qué de Auschwitz. Cuando Hannah Arendt publicó *Eichmann en Jerusalén* (1963) sufrió el repudio de muchos por mencionar la participación de los consejos judíos instituidos por las comunidades judías en el exterminio de su propio pueblo. Encontramos en ella, como en Primo Levi, Elie Weisel, Giorgio Agamben –en su excelente análisis *Lo que queda de Auschwitz*– y en Singer la culpa que impregna los actos por haber sobrevivido. Culpa que se manifiesta en uno de los personajes al decir: «Lo que incontables generaciones de judíos habían construido con el mayor sacrificio lo he destruido en unos pocos años». Singer nos sitúa en el universo moral y afectivo de quienes lograron escapar de los nazis pese a que sus esposas, hijos y familiares perecieran en los hornos. Pero no se trata sólo de eso.

Lo destacable en Singer, su postura ética, lo que hace inmensamente humanas estas páginas no es insistir en preguntar por el olvido de los judíos sino más bien tener presente que recordar, como decía

Benjamín es «cepillar la historia a contrapelo».

Sombras sobre el Hudson refleja la vida misma en todas sus dimensiones, humana y política, las penas y alegrías de una comunidad dentro del momento histórico que le ha tocado vivir: «...la vida moderna se halla sumida en los bajos fondos. Boris no olvidaba estas palabras de Grein que ponían el dedo en la llaga». Todos tenemos responsabilidades adquiridas por el hecho de nacer en un lugar o en otro. Singer lo ilustra muy bien: más modernidad, más progreso no significa, necesariamente, mayor aproximación al hombre autónomo y solidario soñado por la Ilustración.

Tal vez la postura ética de Singer nos impide olvidar lo que pone en boca de uno de sus personajes: «El destino de cada persona consiste en buscar sin descanso la esencia de su existir». Y lo que dice otro personaje citando a Heine: «Corazón, mi corazón, no estés afligido y soporta tu destino».

Laura Arias

Metamorfosis y testimonios*

Hace veintidós años murió Jorge de Sena (1919-1978), una de las figuras literarias portuguesas más destacadas de este siglo y muy poco conocido en España; quizás se ha leído aquí algo de su obra poética, pero no su teatro, su prosa de ficción o sus textos de crítica y teoría literaria, tampoco sus ensayos y sus páginas epistolares y aún menos se le conoce como el gran traductor e introductor en la cultura portuguesa de Éluard, Breton, Hugnet, Péret, Spender, Auden, Kavafis, Eliot, Hemingway, Faulkner o Malraux, ni se tiene noticia de sus estudios sobre Shakespeare, Keats, Wordsworth, Camões o Pessoa.

Cuando se habla de la literatura portuguesa, una idea recurrente, y que suele aparecer en las entrevistas

* Jorge de Sena, Antología poética, Prólogo de César Antonio Molina. Traducciones y notas preliminares de José Ángel Cilleruelo, José Luis Puerto y José Luis García Martín. Madrid: Calambur, 2000. *Los solitarios y sus amigos*, 5.

Nuno Júdice, Un canto en la espesura del tiempo. Traducciones de José Luis Puerto. Estudios de J. L. Puerto, A. Guerreiro, D. Doncel, J. Meylan, A. Ramos Rosa, E. Paz Barroso, F. Pinto do Amaral, João Gaspar Simões, E. Prado Coelho, Joaquim Manuel Magalhães, Madrid: Calambur, 1995, *Los solitarios y sus amigos*, 2.

a José Saramago, es que el *efecto-Pessoa* siempre ha velado el brillo de otras voces literarias portuguesas entre los posibles lectores españoles y europeos. Lo cierto es que las traducciones de las obras de Saramago y Lobo Antunes han abierto el camino –reciente– hacia la literatura portuguesa más contemporánea, y quizás ahora se podría empezar a hablar de un *efecto-Saramago* o de un *efecto-Antunes*. Sin embargo, la falta de interés de la cultura española por Portugal no ha sido recíproca en el país vecino; lo demuestra, entre otros, el argumento de la novela incompleta *Señales de fuego* de Jorge de Sena, que apareció en 1998 –diecinueve años después de la póstuma edición portuguesa– gracias a Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores y en la que se mezcla la explosión de la Guerra Civil española con la ascensión de la dictadura salazarista en Portugal. *Señales de fuego* es una novela sobre el descubrimiento de la realidad y la mentira, sobre la amistad, la cobardía y la tradición, una reflexión sobre la culpa y sobre el aprendizaje de la verdad amarga de la vida. Pero, sobre todo, *Señales de fuego* es la obra de un hombre comprometido con su momento vital, un hombre de pensamiento libre y de una curiosidad intelectual desbordante de firme formación filosófica.

Estos son los rasgos fundamentales de Jorge de Sena y esta sensación mana de todas sus obras; para comprobarlo Calambur acaba de